

VUELO DE LETRAS ESCRITORAS DE TLAXCALA

Cuento y poesía



MINERVA AGUILAR TEMOLTZIN
COORDINACIÓN Y SELECCIÓN

FILCO



COLECCIÓN ESCRITORES CONTEMPORÁNEOS DE MÉXICO
PROGRAMA DE LECTURA Y PROMOCIÓN PARA AUTORES MEXICANOS

**VUELO DE LETRAS
ESCRITORAS DE TLAXCALA**

Minerva Aguilar Temoltzin

Coordinación y selección



COLECCIÓN

ESCRITORES CONTEMPORÁNEOS DE MÉXICO

SERIE

NARRATIVA Y POESÍA MEXICANA

Ejemplar de distribución gratuita

Sin fines de lucro

COLECCIÓN
ESCRITORES CONTEMPORÁNEOS DE MÉXICO
SERIE
CUENTO Y POESÍA MEXICANA
FERIA INTERNACIONAL DEL LIBRO EN COYOACÁN

DIRECTOR

Gerardo Valenzuela Nava

COORDINADOR DEL PROGRAMA

Obed González

PRODUCCIÓN EDITORIAL

Eduardo H. González

CONSEJO EDITORIAL DE LA COLECCIÓN

Gerardo Valenzuela

Obed González

Eduardo H. González

EDICIÓN

Obed González

COLECCIÓN ESCRITORES CONTEMPORÁNEOS DE MÉXICO

Con la colección Escritores Contemporáneos de México, la FILCO abre un espacio de apoyo y promoción de literatura mexicana y escritores mexicanos contemporáneos la cual promueve a autores noveles, autores con trayectoria que no han publicado y a autores reconocidos con trayectoria confirmada como parte de la inclusión que brinda las diferentes visiones de nuestro México que también posee distintas tradiciones y diferentes maneras de habitar el mundo. La colección Escritores Contemporáneos de México ha sido creada con un fin estrictamente cultural, en el marco del respeto a los derechos humanos, en particular atención a las personas con discapacidad, adultos mayores y grupos sociales vulnerables. Los libros son de distribución gratuita. Está prohibida su venta o lucro que se pudiera generar con la misma. Lo anterior en los términos del artículo 148 de la Ley Federal de Derechos de Autor.

El libro VUELO DE LETRAS: ESCRITORAS DE TLAXCALA de la colección Escritores Contemporáneos de México es un proyecto autosustentable del PROGRAMA DE LECTURA Y PROMOCIÓN PARA AUTORES MEXICANOS, realizado por la Feria Internacional del Libro en Coyoacán.

Cuidado de la edición: Obed González.

Diagramación y diseño de portada: Obed González.

©D.R. Angélica Minor, Citlalli H. Xochitiotzin, Ignacia Muñoz, Isolda Dosamantes, Marisol Nava, Olimpia Guevara, Tzuyuki Flores.

©D.R. Ilustraciones de portada: Cecilia Morales Quiroz.

©D.R. Prólogo. Minerva Aguilar Temoltzin

Primera Edición: septiembre, 2024.

Hecho en México.

Los autores asumen total responsabilidad por el contenido del texto y sus posibles reclamaciones.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

Obed González

PRÓLOGO

Minerva Aguilar Temoltzin

Angélica Minor

/.....14

Citlalli H. Xochitiotzin

Hoy.....22

Colofón.....23

Reflexiones.....24

Tiempo.....25

Mares.....27

Tifón.....28

Mosaico historia de mujer.....30

Azar.....34

Ignacia Muñoz

I.....37

II.....38

III.....39

IV.....40

V.....41

VI.....42

VII.....43

VIII.....44

IX.....45

X.....46

Isolda Dosamantes

Mundo gitano.....	48
Castañuelas.....	49
Encuentros: Avenida Laurier.....	50
Ilusionista.....	51
Urbes de humo.....	52
Petite bar.....	54
Petite Chicago.....	56
Ciudad coma.....	58

Marisol Nava

Fisura del paraíso.....	61
-------------------------	----

Olimpia Guevara

Fin de tour.....	71
Lengua materna.....	73
Ese día.....	74
Chipi chipi y diluvios.....	76

Tzuyuki Flores

Baratas medias negras.....	79
Delicada y flaca.....	81
Calle.....	84
Déjame.....	86
¡Manantial!.....	87
De pie.....	88

SEMBLANZAS DE AUTORAS

INTRODUCCIÓN

Con la colección Escritores Contemporáneos de México, la FILCO desea que sean leídas y escuchadas todas las voces de México, que se conozca a nuestros escritores y se celebre la palabra a través de su manera de habitar el mundo. Para nosotros es importante que se atienda a las voces del interior de la república y más, si esas voces son la grafía de la mujer de México. Lo que se vive dentro de cada parte de la república y cómo se manifiesta desde el interior de las escritoras por medio de las letras es también una evidencia del proceso histórico del país. La presente antología coordinada por Minerva Aguilar Temoltzin, es la recopilación de textos de siete escritoras de Tlaxcala que fueron parte del recital *Vuelo de letras*, organizado por la Asociación de Escritores de México (AEMAC) en el año de 2022. Año en que los estragos de la pandemia todavía estaban presentes y donde el ejercicio de la escritura funcionó como una vía de reflexión, comunicación y reconciliación con el mundo como lo manifiesta Angélica Minor al escribir que, el soplo llega desde el sueño que se vuelca para revestir la tierra ósea traslúcida en ebullición de minerales donde se ahoga en su centro abismal el ojo profundo del océano. Ese océano que es el principio de vida y de la emoción, el movimiento, el drama, la acción. Y que confirma Ignacia Muñoz al pronunciar: Teotlac in catinimaliztli ica yacatl pachó ihtoa mialicaniti ce tlahui in coxtemic. (Al anochecer la soledad como agua suave se arrima, dice vete a conseguir una luz para caminar el sueño).

La palabra nahuatlata *atl*, significa agua. Dependiendo el contexto transforma en un vocablo polisémico como en el caso del embrión al que se denomina *oc atl* que traducido al español refiere a alguien quien todavía es agua, que aún es líquido, pero ya es. En estos textos podremos observar ese regreso al origen, a la palabra por medio del español y sus distintos modismos y regionalismos y, al mismo tiempo, a través del náhuatl reconociendo las líneas antiguas que, en el caso de algunas escritoras, son el ombligo que las une con un todo. Escribanas, albañiles que construyen en la madera cantante de letras ocultas, parafraseando unos versos de Isolda Dosamantes y que Marisol Nava confirma al decir que es un terso descubrimiento, un diálogo con su ser, cada día un poco más.

El lenguaje hablado, el español (castellano) con el que nos comunicamos todos los hispano hablantes, en este libro es rico porque observamos e intuimos que nosotros somos lenguaje, somos flexibles y en constante transformación, que nos sublimamos al igual que el agua. De

que no somos seres estáticos, sino que nos deconstruimos, fluimos y nos adaptamos a los tiempos que nos llegan como mares de verbos que nos sumergen en lo más profundo de nosotros para rescatar aquello que se ocultaba bajo aquellas difusas aguas y reconocernos en ello, como escribe Olimpia Guevara al proferir que la lengua es cuestión de madres, de mujeres arrullando con los latidos de su voz y su música del mundo y, al mismo tiempo, también de padres, por supuesto, pero que esa es otra forma de tocar las nubes.

Este compendio es agua, es lo que fluye, transforma y vive. Las mujeres son agua de vida y las escritoras de Tlaxcala lo reafirman en cada momento al navegar nosotros por cada uno de los océanos de letras que nos brindan. Internos mares que emergen para ofrecerlos al lector con la intención de beber un poco de lo que son ellas, como lo discurre, Tzuyuki Flores: ¡Agua, agua, agua! Amiga mía, escucha el rumor del cauce, somos manantial.

Obed González

Director de Literatura de la FILCO, julio, 2024.

PRÓLOGO

DE LA IMAGINACIÓN A LA CREACIÓN: LAS ESCRITORAS DE TLAXCALA

En esta antología encontraremos la poesía y narrativa de las escritoras de Tlaxcala. Para entender cómo surge este grupo de escritoras identificaremos el panorama histórico que las antecede, en relación a la poesía, la primer poeta tlaxcalteca fue la monja Sor María del Costado de Cristo, monja del siglo XVII (1650-1710) quien escribió poesía mística, de la cual sólo la conocemos por referencias de literatura religiosa en libros como: *Vida y Muerte de Jesucristo Nuestro Señor, Vida de la inmaculada Virgen María, Vida del Precursor de San Juan Bautista y Vida del seráfico Padre San Francisco de Asís* (Tomado del libro de la Breve historia de la 3°. Orden Franciscana, escrita por J. B. Uñíguez en 1951, referido en Fernández, 1992, págs. 101-102) ¹.

Después un largo periodo histórico sin tener algún registro poético, encontramos la producción literaria de las poetisas nacidas entre 1888 y 1908 como fue Enriqueta Sahara y Dolores Saldaña Fernández, quienes llegaron a radicar a Tlaxcala de Veracruz y Michoacán respectivamente, y junto con la escritora tlaxcalteca Concepción Flores López, formaron parte de un grupo que dejó un legado importante para las letras de Tlaxcala; sin embargo, hasta el año de 1993 fue que la profesionalización de la literatura se consolidó: durante el sexenio de José Antonio Álvarez Lima (1993-1999), su esposa la Sra. Verónica Rascón (q.e.p.d.) se encargó de promover la cultura y las artes llevando al Instituto Tlaxcalteca de la Cultura (ITC) talleristas de primer nivel como Beatriz Espejo; Emmanuel Carballo, Dolores Castro, José María Espinasa, Juan Galván Paulín, Ricardo Yáñez y Guillermo Samperio, entre otros.

Por otra parte, la Universidad Autónoma de Tlaxcala (UATx) tuvo como catedrático en la carrera de Literatura Hispanoamericana al poeta Juan Bañuelos (q.e.p.d.), quien abrió un *Taller de poesía* y recibió a escritoras como, Gloria Nahaiivi, Ignacia Muñoz, Isolda Dosamantes, entre otras.

¹Fernández Ordóñez, S. (1992). *Mujeres de Tlaxcala V siglos*. México: Gobierno del Estado de Tlaxcala.

Así como, la Sociedad de Geografía, Historia, Estadística y Literatura de Tlaxcala (S.G.H.E.L.) creó círculos de poesía donde ellos mismos tallereaban sus textos y publicaban sus libros de manera independiente. Dentro de este contexto comienzan a surgir diferentes generaciones de escritoras que se han mantenido vigentes gracias a la perseverancia y la disciplina tanto en poesía como en narrativa. El panorama literario está conformado así:

—Los 50—

Las poetisas nacidas en los años 50 se destacan por escribir obras más estructuradas y con estilos diversos diferenciándose unas de las otras, como ocurre con Irma Carolina Romero, Delfina Ahuatzi Reyes, Anastasia Montemayor Díaz, Gloria Nahaivi y Citlalli H. Xochitiotzin. Esta generación apuesta por nuevas formas poéticas y estilísticas que se contraponen a la rima y a la métrica, porque fracturan el verso de manera novedosa. Así la poeta Citlalli H. Xochitiotzin escribe el poema “Mares”:

Hueles a luz...

Desnudo caracol penetra el mundo de música y delfines.

—Los 60—

Las poetisas que nacieron en los años 60 son Lilia Nery Fritz Reyes, Isolda Dosamantes, Angélica Minor y la narradora Olimpia Guevara. Las escritoras de esta generación muestran una evolución poética y narrativa al construir novedosamente el poema y el cuento, es aquí que el tema del viaje aunado al recuerdo lo utilizan recurrentemente en su escritura. Así se expresa, Isolda Dosamantes en el poema “Castañuelas”:

Granada

andas dando vueltas en mi cabeza ...

del vino rosado a media tarde

de tus tapas...en su danza tejedora de historias.

Y Angélica Minor, escribe:

mar abierto en redes
de luciérnaga y pirita.

Por otra parte, Olimpia Guevara narra:

Donde yo veía chipi, chipi, mi mamá veía diluvios. Siempre que llovía... corrían ríos, mares y océanos a mi vista.

—Los 70—

En esta generación se encuentran, Georgina Franco Gastelum, Ignacia Muñoz, Ana Edith Sánchez, Marisol Nava, Gabriela Conde y la autora de este prólogo. Ignacia Muñoz, expresa:

Esta luna
sin perro
aúlla.

Marisol Nava enuncia:

Ni lluvia ni fuego ...
destruyan esta fisura
del paraíso por donde
emerjo cada mañana.

—Los 80—

En esta década tenemos escritoras como Araceli Scherezada Martínez, Deyanira Mendieta, Karen Villeda, Yesmaí Ramírez Téllez, Tzuyuki Flores Romero y Olivia Teroba.

Tzuyuki narra en el cuento “Baratas medias negras”:

(...) Escuché que un auto se detuvo en la acera de enfrente, me levanté, tomé un cigarro y lo encendí. Salí al balcón. Debajo de la lámpara se había estacionado un Jetta rojo. En el asiento del copiloto miré la falda verde botella de Laura, sus muslos jugosos metidos en las baratas medias negras.

Los cuentos de Tzuyuki exploran una narrativa fresca y contemporánea que resuena con el lector actual.

En conclusión, la antología *Vuelo de letras: Escritoras de Tlaxcala* presenta una muestra de la poesía y narrativa de algunas voces de autoras tlaxcaltecas. En el libro se destaca la evolución de distintas generaciones: desde las estructuras poéticas innovadoras de los años 50, el enfoque en el viaje y el recuerdo en los años 60, hasta la profundidad y la experimentación temática en los años 70 y 80. Cada generación ha aportado su voz única al panorama literario, reflejando tanto los desafíos como las oportunidades que han enfrentado las escritoras tlaxcaltecas, destacando su contribución al tejido literario nacional.

Minerva Aguilar Temoltzin, julio, 2024.

ANGÉLICA MINOR

/
En un
punto
luminoso
era el fuego
polvo azul
en torzales de oro

centenares de cristales
formarían el agua

y fue la mar
un nudo
de soles líquidos

/
El soplo llega desde el sueño
que se vuelca para revestir la tierra
ósea
traslúcida
ebullición de minerales donde se ahoga
en su centro abismal
el ojo profundo del océano

/
Torrente brecha deshilada
lapislázuli
en líneas de arena
vidriada noche de sal

/

Un trozo de mandíbula
un par de vertebras

de repente reflejo
en el ancho espejo de la mar

/

Inclinada
extiende
su alargado brazo
y se yergue
sobre la planta
de sus pies
donde nacen
nutrias
peces

copos de niebla
bajo la aurora boreal

/

Rumor en la cuenca de pájaros nocturnos
que van marcando el paso venidero
es entonces que se mira a las olas
al golpe del acantilado

apacentar su insomnio

/

La quietud

escarda su boca en el ondular plumizo de las olas

pardos manchones de suave arena

lejos

decenas de fragatas

incineran la calina

/

Rayos cercenados

en esta hora impoluta

sobre la cresta de la isla

mar abierto en redes

de luciérnaga y piritita

grietas cicatrizadas por el sol

abajo la corriente se arrastra

entre cardúmenes

de coralinas

y albatros

de sal

/

La mar deja correr su sangre

abultada de moluscos

agua que se levanta

al ritmo del viento
embravecido

simiente

párpados de larva
en iridiscencias

/

Polvo

espejo comprimido
donde el vapor sedimenta la piedra

anillos de fuego en la marea

gotas corpóreas
en la vereda azul de la maleza

/

La mar arquea

su cintura nívea

bajo chimeneas submarinas

térmicas termitas
en el respirar profundo
de la tierra calma

/

Agua de metales grises
ígneas entre aceite de la piedra

la mar
y su cimiento azul

/

Tiempos que vieron emerger al hombre-mujer
cuando la luna niña aún tomaba leche materna
y le adornaban el pelo con caracolas de la mar
en ese entonces la túnica de su madre
atestada de flores inquietas
dejó que se esparcieran
por doquier

condictios

agnatha

en agua
de blancas alas

/

Túnicas traslúcidas
transportan a navegantes de naufragios

jinetes corpóreos de un río abrupto

turquesas trastabillando en grietas de calcita
donde se levanta la espuma

jade

/

Lienzo salobre
arrojado a profundidades
inhóspitas

peces abisales

zarcillos
entre luces de neblina
plateada

/

Palmera pétrea
en este mar de zafiros donde navega el olvido

charcas diminutas disgregadas sobre la tierra
en espera de la semilla pródiga

sueños en caparazones
del viento que golpea nuestros ojos

a la vista del vórtice todo es incierto

frutos insípidos han recogido
nuestras manos pequeñas

hemos alargado las extremidades
con elasticidad de la sombra
y nada es verdad cuando andamos
en este cuerpo de arena

que al paso de los días
desmorona la brisa

/

Pergamino de zirconita
donde la ola se levanta

bronca
y es una flama desnuda
luz enceguecedora
donde respira
el clavicordio
de cuerdas
que estallan

herida del sonido
bajo el punzón de la tinta
celeste

/

Sopor tembloroso
en la montaña

corriente entre gama de colores
y danzas onduladas
del kitam che
brevidad en el naranja
cuenca de la bruma

hilos de blanca luz

CITLALLI H. XOCHITIOTZIN

HOY

Hay días de belleza —inconmensurable— donde vivir es un cuerpo dorado de nubes en el
pecho.

Y todo canta.

COLOFON

Hay días cuando la habitación propia es un refugio.

Las hojas de un libro sagrado alimento, recordar la fortaleza de pasadas batallas con hombres y mujeres de lomos de fuego.

Hay días, cuando llorar nos recuerda la brisa que intenta regresar por el rincón más pequeño e iluminar la tormenta.

Recordar el amanecer de Noé al mirar la paloma.

Entonces las plegarias limpian las sombras y el sol florece sobre el corazón.

Y los niños que fuimos santifican el pan de cada día y amasamos la fortuna de la paz sobre el rostro.

El amor nos colma. El árbol de durazno se llena de flores.

REFLEXIONES

Me preguntas si sueño sobre campos lejanos; sobre el rocío de las alas de la libélula.

Si tejo en mis ojos la lluvia.

Si acicalo nubes en las botas del viaje, insomne ante la gravedad del incendio.

Si convoco neblinas, la lluvia y el trueno,

si susurro al volcán.

Me preguntas si aún la sorpresa hace temblar mi voz,

si el tacto quirúrgico de alfileres cuelga un pretexto en mi rostro.

Me preguntas si aún amo los lugares luminosos con frases:

Si aún me sigue el asombro; la gentileza del hombre o su drama.

Si sueño; si esmerilo la noche y canto oscuras bondades.

Encarné en el huele de noche, en el aroma del clavel y la piel de la rosa:

Acurruqué el instante inusual de mi lengua.

Testifico la grandeza del mundo que me colma de gracia.

¿Me preguntas si aún soy?

Un condenado a la luz.

Un condenado a la luz mira también las sombras en el tiempo.

Dios siempre me salve ante la obscuridad del mundo, aleja su escama.

Elijo el silencio con su prudencia, su insolvencia en mi corazón en la oración ferviente,
anónima,

aleje su hechizo:

Hay luz eterna en el ala de la libélula, aún me estremezco.

Aún suelo jugar como los niños: tener el lujo en el alma.

TIEMPO

(una partícula)

Un varón con treinta y tres años en clima extremo, desierto, ayuno, escasa agua, parco alimento. Tiene un cuerpo perfecto, no importa si comprendió con antelación las indicaciones, rebasa toda su imaginación el dolor sentido, es inmenso. Inició desde las primeras horas del día.

Aún aturdido en su oración se pregunta y —sin perder su conciencia— mira sobre la palma de su mano el color púrpura de la gota de sangre. Es la imagen de la sombra del sufrimiento. Los troncos de los olivos se estremecen, las hojas de los árboles lloran con él. Cielo y silencio se contienen en un suspiro. En la lejanía las estrellas imploran, tintinean a la expectativa la luz le acompaña. Perciben la profanación, cubre de temblor las entrañas de la tierra y mira la sangre caer de sus ojos, gota a gota observa: calidoscopio de horror, gritos hambre, zozobra, desasosiego. Miles de años bajo la sombra púrpura en el umbral de Caín; el asedio. Se detiene veintiún siglos más adelante, quebrantadas voces en dos camiones gigantes, amortajados de gritos irrumpen decenas de cuerpos envueltos en plásticos negros: niños, hombres, mujeres. El vocerío hiere su ombligo, llora, lloran juntos. Los jazmines de su entorno se sacuden, el cielo gime, no hay tiempo. Todo es igual.

El viento se perfuma cuando se levanta. Iniciará el ritual, su expiación. Los hombres duermen la noche más larga. Más allá de este tiempo los tráileres apestan, es el hedor de las hienas, se multiplican los cadáveres: África, Palestina, Siria, Grecia, Turquía, las playas de Italia, España, Brasil, México, El salvador, entre el ventanal del tiempo ningún dolor le será ajeno.

Mira a sus discípulos —despierten— despierten, despierten, pronuncia tres veces, continua su camino. Los hombres despertarán, las estrellas erizadas en la noche más oscura anuncian el amanecer. Las oraciones entonan piedad, llega a la conciencia de cada una de las montañas, rocas, ríos discípulos por los siglos por seguir. Se escucha una oración: *En vista de que has sido fiel... para que la sangre de esta época no te toque...*

Las hojas caen lentas, el cielo y los astros tienen un ritmo, sacude todo dolor. Ha comenzado, aún los hombres están adormilados, despertarán, sabe ÉL, despertarán.

Cae la sangre gota a gota sobre la tierra, se estremecen las aves, el mar murmura, más allá en otro tiempo. El león junto al cordero, el oso junto al caballo, el áspid junto al niño. Todo dolor, odio, impiedad calcinará a su transgresor, petrificarán sus frentes, sólo el que escuchó tiene su nombre. Sin embargo, todos oyeron. No todos escucharon.

Esta noche tiene siglos y siglos en cada uno de sus pasos... Sólo el que aguzó el oído tiene su nombre. Camina paso a paso por el huerto, espera un beso en la mejilla.

Esta noche tiene siglos y siglos en cada uno de sus pasos... Sólo el que aguzó el oído tiene su nombre. Camina paso a paso por el huerto, espera un beso en la mejilla.

MARES

Hueles a mar cuerpo de olvido.

Hueles a pez
en la presencia, en la memoria
innata de mil sombras.

Hueles a ti, en tus zapatos viejos,
en tu erizado pensamiento.

Hueles a oquedad,
sudor a cuerpos,
saliva,
espuma,
besos.

Hueles a luz.
Lanza a la obscura caverna
el brillo del sol de tu salada roca.
Desnudo caracol penetra el mundo de música y delfines,
punza en mí la luna roja.

Lame las manos;
perlas fundidas a tu forma.

El universo desova con la espuma de tu alcoba,
el vuelo de pelícanos.

Todo lo llevas en tu brillo,
modela mi boca.

Libro ganador: *Voces Nuevas*. Torremozas, 1999. Madrid España.

TIFÓN

Besos, espumas cortadas a la luna,
desove de alcatraces,
de ecuaciones tricórnicas,
a galope de yegua,
amarre de faroles.

De tragos en tarros de humedades.

Aroma aguzado de cuchillo glande.

Cuerpo alfalfar hundido,
bálamo enrojecido en el eclipse de carnes.

Brea el crisantemo brocal de sed,
ardor,
arpar
abismar en el cenit
bramar de tu entre calle.

Besos de noches: draga la esquina puntual
salina tintura,
liba la concha oliva,
jira en el solar himen.

Pulsar diafragma en sus balcones.
Muerde los cuerpos nudos,
traga su encaje, ulula su bramido
hunde y fuga el grito de su oboe.

Trocan centrífugos tropos

y en sus esquinas

sus tatuados soles.

Libro ganador: *Voces Nuevas*. Torremozas. Madrid España. 1999.

MOSAICO HISTORIA DE MUJER

Esta mujer, que discute a sí misma,
al hombre y al mundo para llegar a
entender quién es... no acepta su papel.

Ha decidido existir y no renunciar a sí
misma y ha aprendido a decir NO.

Franca Basaglia

DESNUDO EL RECUERDO ante el paisaje,

Lenguaje hecho de gasas desprendidas,
noche inicial donde nació la duda adelgazada por los ecos,
titilación de gotas
por efectos.

Rincón de mi rincón más sepia,

dolor, dolor,

dolido, entumecido,

donde el dolor es frío quebranto;

cubre mi archipiélago.

Humus de vientre roto,

herencia menguante,

rostro enmascarado

por silencios.

La mudez con sus faldas de percal, en los ovillos rotos aprendió a callar,
para callar al cielo.

Somos la espera en la ventana más abismal del tiempo.

Duda recuperada.

Abre las zarzas

y el sol bese la luna, brota donde la duda engarza sus tendedores

porque somos estalactitas

resonantes.

Tacones de mujer hechos de cuerpospensamientos.

Somos la otra mitad del cielo

inteligencia hecha de encuentros

fraguados por intentos.

Sabia equidistante: mitad de la razón

frunce la historia su terciopelo terco.

Boca: toca-mi-cuerpo,

palabra entretejida por los siglos.

Penélope y diluvio, Caperucita y lobo.

Hilandera del sol te llevo dentro.

Madre luciérnaga, prístina;

bóveda colorida por tu bondad.

Somos el rezo de la abuela, secreto de mi madre, pintura en la boquita, beso de mi primer
beso;

cardenal respiración del cuerpo.

La historia del fulgor del nacimiento, vuelto a nacer, en la raíz,

huésped de los cinco sentidos:

“Mi corazón espejo caído de la noche, es costilla de Adán iluminada”

hecho del collar de Venus.

Petrosinela germinal peina sus ciclos,

reflexión:

reflejo de granada,

lucidez:

cavilación de azabache negro.

“Otro modo de ser humano y libre”

Senos,

cadera,

cascada,

opalescente intuición de medio cítrico.

sabia naranja: conocedora y dulce.

Cultivo de ternura; la luna dota

su ciclo menstrual en 25 besos.

Digo: SOY transfiguración de arete.

SOY trino avispado

SOY tropo de bragas suaves

SOY trenza perspicaz

SOY travesía de mi asalto

Soy trueno esparcido, sagrado

sol: ELLA

INSUMISA, EN EL SABOR DEL AZORO,

EN EL BOCADO DEL NUNCA.

El sí: hecho mi cuerpo,

clarividente oscilación del singular

soy,

YO: SÍ Y NO.

Soy la que ahora es, la que será.

En el desnudo recuerdo,

en el bolso de charol, la inteligencia hecha perfume;

historia y tiempo.

“Óyeme con los ojos,

ya que están distantes los oídos...”.

AZAR

Hay veces:

el tiempo, nos juega una memoria,

otras, la memoria nos teje en tiempo,

nos borda en la conciencia,

la sal de la luna,

nos brizna mariposas.

Pinta un mural canto de inmensidad sobre su arena

y el tiempo barre su basura.

Otros segundos,

el reloj nos juega laberintos,

pezuña del dolor,

pulsar perdido.

Esparce su falda de mentiras,

su oasis descubierto en una aguja de alaridos,

y la clepsidra gotea sobre los ojos

sus palabras de polvo.

Y en los pasillos,

entre el alba de la muerte,

duerme la desnudez del tiempo.

Ahí, Dios nos llama con su acento de viento perdido,

ahí el tiempo es todo, todo,
y nosotros
quizás el instante.

Del libro: *Geometría de la Incertidumbre*. Ed. Universidad de Monterrey. CONACULTA. 1997.

IGNACIA MUÑOZ

I

Si vivieras el paisaje del amanecer...

Oyes pasar el frío
entre la neblina de la lluvia otoñal.

Verde oscuro de los sabinos, ocotes
oyameles, encinos y tepozanes de monte.

Ven a sentir el intermitente estremecerse
de los pétalos en los pensamientos
y las novias del sol.

Si vivieras el paisaje del amanecer...

Serían menos distantes
los instantes
en tus brazos.

II

Teotlac
in catinimaliztli
ica yacatl
pacho
ihtoa
mialicaniti ce tlahui
in coxtemic.

Al anochecer
la soledad
como agua suave
se arrima
dice
vete a conseguir una luz
para caminar el sueño.

III

La neblina deshoja
chicalotes.

Caen mariposas blancas.

IV

Aquella tarde
Como si te doliera
tomaste entre tus dedos
la blanca novia del sol,
ya muerta.

Creí que también sentías
cómo el viento de lluvia
movía las petunias blancas,
moradas y rosas.

Que mirabas la estrellita lila
del botón del estramonio solitario.

Que te conmovieron
las frescas hojas tristes
de los álamos sobre la banqueta.

Aquella tarde
me dolió saber
que no tienen flores
tus palabras.

V

Esta luna

sin perro

aúlla.

VI

Muda la noche
de mí se va.

A tu cuerpo
de viento.

VII

Cubiertos
de garzas blancas,
de pronto
ya no se veía
de los pinos su verdor.

VIII

Mueren los morados mantos de la Virgen
las mercadelas, las rosas amarillas,
las buganvillas rosas, los crisantemos blancos,
los geranios rojos,
los mastuerzos jaspeados.

Guardan mis ojos sus colores.
Aguardan los que están por venir.

IX

De entre el follaje de los árboles,
iluminados por las lámparas,
nocturna lluvia,
plateada y transparente.

X

¿A qué saben
tus brazos
cuando llueve?

ISOLDA DOSAMANTES

MUNDO GITANO

A Refugio Pereida
y al Loco de Rafael por convocarnos.

Desde la casa gitana
llaman a Lorca
las horas, viñedos encendidos por la lira,
pasan cual ráfaga de viento.
Se escucha el pandero,
en un barrio cercano a los olivos
las gitanas cantan
bailan sobre la duela
castañuelas
doblan sus cuerpos
en la espiral perfecta
huelen las calles a fuego
anda la flama en el aire
en la voz del cante,
en los labios de una mujer que gime
frente a la luna que me lleva hacia
el halo de unos ojos distantes.

CASTAÑUELAS

Para Amalia Romero por su danza.

Granada

tus rincones a media luz
me llevan al ensueño del río
a la serenata de mi pueblo
a la ilusión de los quince

Granada

andas dando vueltas en mi cabeza
tus calles a media voz
parecen cavar silencios
y no quiero hablar
qué más se puede hablar de ti
del vino rosado a media tarde
de tus tapas
y ese decir salud, Granada.
Granada, que invades la memoria con tus calles
y el cante surge como un eco
al son del zapateado y las palmas ardiendo
en su danza tejedora de historias.

ENCUENTROS: AVENIDA LAURIER

Si mañana te encuentro en mi camino
si te cruzas bajo puente
como lo hacías en el verano
esperando mi arribo sobre el césped a la orilla
del río
si te cruzas antes de darte la ducha
o mientras cocino el desayuno
no tendré más remedio
que bañarte de luces con mis labios.

ILUSIONISTA

Soy escribano

albañil que construye en la madera

cantante de letras ocultas

mago de luz

prestidigitador

lector de las líneas de tus pies

soy tu hombro

quien sonrío con tu alegría

el café matutino

arroz para calmar el hambre.

Soy quien admira tu caminar constante

tus manos en la guitarra

tus manos grieta

tus manos nocturnas

tu silencio.

Esta mañana fría de escarcha

que anuncia otoño

declaro que

puedo envejecer a tu costado.

URBES DE HUMO

A mis amigos de las cantinas La cucaracha y el Morazán

Las ciudades, en que la gente se confunde con los autos
y la música es constante parpadeo
de voces, rumor de motores en incendio,
ahí donde la luz se niebla con el humo
de miles de obreros en sus fábricas,
son entrañables en sí mismas.

Esas calles erguidas y orgullosas
con anuncios enormes y pasos peatonales
esconden,
a pesar de su olor alcantarilla
y su constante prisa laboral,
el secreto del vuelo si te adentras
más allá de sus luces,
en callejuelas escondidas
y en el silencio de sus parques,
encontrarás inevitable
las alas de los sueños
que te dan la libertad de anonimato
el ansia de existir

de encontrar entre su abismo la sonrisa

En medio de sus calles eres otro

eres el mismo desconocido de ti mismo.

PETITE BAR

A Valery Saint Germain

y a todos aquellos que llegan del norte de Canadá.

Mi voz se escucha desde las montañas
traigo la gaita en el alma
soy la mestiza de pelo negro
la de ojos grandes
esa que entra a tus oídos con tonada de blues.

Mírame. He bajado del frío para verte,
para hacerme de ti
de tus pequeños bares,
de tus entrañas
de tus calles afrancesadas,
de tus sótanos fríos
de tu vida nocturna.

Tómame completita
como si fuera el vino de tu copa,
el río,
la estación de metro,

un café de Tim Hortons.

Mírame de frente, escúchame,
déjame escuchar tu piel,
vengo de lejos como muchos,
vengo del norte y hablo inglés,

Montaña de Mont-Royal
ciudad de los sueños del artista,
Villa Marie,
me urge ser tuya,
una galería,
ser de tus bares
ser una voz del saxofón nocturno de tus calles.

PETITE CHICAGO

A Sara Martínez

Desde mi habitación del Bank Hotel
escuchaba tu música nocturna,
los jueves salsa latina,
merengue, chachachá,
y me daban las cuatro,
se erguía entonces un silencio nocturno
un silencio que se rompía
con las carcajadas del último borracho,
o el taconeo sonriente de alguna muchacha.
Los lunes,
los lunes me encantaban,
noche de jazz
y a lo lejos se escuchaba un sax
una guitarra,
la voz de un jazzista de renombre,
los cuatro lunes del Bank Hotel
disfrute el piano y ritmo del jazz desde la cama
lo disfrute bebiendo un vino
fumándome un cigarro,
en el vuelco del placer.

Luego, lunes tras lunes quise beberme un tinto entre tus mesas,
y pasaron semanas,
en que desde el aula de promenade de portage 55
escuchaba el ritmo apenas insinuado de un jazz,
la sombra apenas de ritmo
entre subjuntivos y ensueños.

Lunes tras lunes quise beberme tus vinos tintos
y te miraba con esa nostalgia absurda
de saberte mío, porque eras mi bar,
donde solía leer en las tardes
fumándome un cigarro,
el bar pequeño de Capote,
el de Chicago
el bar de la chica que soñaba siempre en subjuntivos
y no entendía
porqué los demás no podían simplemente dejarse ir,
y soñar, soñar las cosas que adoramos.

CIUDAD COMA

A Yolanda Massieu

Tuve que dejar atrás la casa del limonero,
las calles empedradas con cuestras tremendas,
el olor a tierra siempre húmeda,
húmeda como yo cuando te veo.

Tuve que dejar atrás Santa Prisca,
el pozole verde, los tamales de Doña Lencha,
los sábados de plaza, la historia de la mina, los mineros.
Abandoné pues, a los amigos, la hacienda del Chorrillo;
eso sí, me fui contigo, amor, contigo para siempre, dijiste, dije, nos dijimos.

Nos fuimos al norte, como mis tíos abuelos,
igualito que mis amigas de la prepa,
eso sí, muy legal el asunto
como los campesinos que emigran de mi tierra cada año.

Me fui al norte, allende cae la nieve y hacen tortillas y, no se crea;
hay tacos de carnitas y consomé pa' la cruda;
la cruda realidad del frío,
de ese que cala, no por la nieve que es hermosa
nube blanca sobre la tierra, algodón de azúcar.

El frío que usted conoce, ese que se te mete a los huesos
con la mirada cuchillo del hermano,
en medio de las calles de una ciudad en coma.

Tuve que dejar mi tierra de verbenas, descubrir el frío,
disfrutar la nieve.

Tuve que calentarme entre tus brazos,
que abrazarme al sueño de ser uno
tuve que despertar a la ciudad
con mis pasos, con mis gritos
con el continuo ruido de esta máquina
con el chirrido de la nieve entre mis botas,
con el agua chorreante del deshielo.

Tuve que despertarte,
para que fueras mía, de nosotros,
para que regresaras a mi lado para siempre.

Fuiste nuestra en las noches de fuegos pirotécnicos
cuando desfilaron tus ciudadanos de sangre mestiza
con rebozos, shipaos, sombreros de paja,
fuiste nuestra cuando se escuchó el odaiko a lo lejos,
en las hojas de maple que cayeron rojas a nuestros pies,
y en agosto, con tu mercado de frutas frescas.

MARISOL NAVA

FISURA DEL PARAISO

Tan sutil este cuerpo.

Se aletarga y adormece.

Acoge al feroz tiempo
con deleite y con dulzura,
con rencores conjurados
y ánimos rebosantes.

Cada pliegue en la piel,
cada dócil cabello
embebido de plata.

Me admiro y me asombro,
me enamoro de este cuerpo
con menos feroces dudas
y más sutiles anhelos.

Terso descubrimiento:

dialogo con mi ser

cada día un poco más.

Diálogo silencioso

detenido en un pretexto:

un fruto una araña un libro.

Somos dos lenguas calladas

dispuestas a conversar.

Sin ácidas palabras,

sin luces de espejismo,

tomadas de la mano,

entrelazadas con cintas

de luz y claridad.

Sólo la tengo a ella,

sólo me tiene a mí.

Dos voces en un cuerpo.

Dos susurros dispuestos

a continuar.

Habla con voz de colibrí:
quedito y coloreando el día.
Mi otra voz me enamora.
Da palabras como flores,
canta emociones como aves,
desata mis latidos
con pulso de mariposa.
Cuando duerme la despierto
con aroma de caricia,
con el murmullo de un beso.
Lloramos al unísono.
Nos lamentamos en eco.
Alma y cuerpo entrelazados
con una voz interna
y con un amor absoluto
iluminándose a sí mismo.
Y así que pasen muchos días.
Y así que pase el tiempo.

Me arrellano en un sillón
tras un horizonte de cristal,
por allí el sol expele su aliento
y el viento, ráfagas de suavidad.

Contemplo el sol,
el viento y mi vida.

Unos recuerdos azoran,
más el sol incandescente
y el sedoso viento
alejan la errancia laberíntica.

Plácido momento
en ésta, mi casa.

Se detiene el aire
con el hechizo del sol ventoso
y del viento ígneo
colocados en la alquimia
de un incienso aletargado.

Mirada firme, templada voz.
Mi casa y yo en soledad.
Paredes, techo, piso, ventanas.
Nido de invulnerabilidad,
de paz inviolada.
Refugio y resguardo.
Descanso y mortaja.
Guiño de luces y sombras.
Un día nada sucede,
luego una revuelta se levanta.
Respiro brisa marina
tras estas murallas.
Dios, que nada cambie.
Ni lluvia, ni fuego,
ni viento, ni tierra
destruyan esta fisura
del paraíso por donde
emerjo cada mañana.

Mi ventana, todas las ventanas.

Me fascina y contemplo:

el sigilo de un vuelo,

un insecto de hondas teas,

la ruta de un desmayado pétalo.

Es un escaparate de ámbar

con presagio de húmedo frescor.

Este cristal me aleja del mundo,

es umbral y destino

en donde me protejo.

Mi ventana, todas las ventanas,

mi pequeño Aleph.

Dicha de salir al mundo

para retornar a casa:

franquear la puerta

y extasiarme con su aliento de seda,

refrescarme con su cuerpo de brisa,

reconocer su voz en cada silencio

atesorado entre puertas y ventanas.

Todo puede suceder

mientras ocurra aquí:

congelar al sol,

contener al viento,

oír a mi gata

con sigilo sonreír.

En esta casa de ensueño y de vino

cada mañana florezco.

Qué dicha en esta casa.

Día único, irreplicable.

El tiempo era una gota de miel

disuelta en abundante agua.

Me bañaba con virginal deseo.

Me perfumaba con el aroma

de los ensueños urdidos

entre la dicha y la calma.

Sólo importaba el latido,

potro salvaje, aguijón descarado.

Salía. Caminaba con alas

entre aves y vuelos. Y llegaba.

Cuatro paredes. Puerta cerrada.

Y una cómplice ventana

atestiguando el paraíso:

el amor que encandila,

el deseo que ofusca y atrapa.

A veces languidecía la mañana,

en otras afluoraba el crepúsculo.

Si de mediodía, regresaba

con seducido letargo.

Si de noche, retornaba

con agotados labios.

Me ovillo en la quietud.
Se aproximan las sombras:
seré luna creciente
con una palabra sutil.
Dentro de pronto, sin tardar,
cada pie de la noche
se posará en la tierra
y todo será un largo beso,
un continuo aleteo de miel.
Aguardo con la calma
del polvo, aguardo la dicha.

OLIMPIA GUEVARA

FIN DE TOUR

Vuelvo a ti
en una fría aurora invernal,
con pueril alegría entre las manos
y el mismo miedo cotidiano
entre las piernas
de miles de tus mujeres,
patria de obsidiana
y lunas serenadas.

Fuiste orgullo, recuerdo y nostalgia
y en las comparaciones
siempre saliste a favor
por tu inmenso territorio
conquistado, mutilado, corrompido,
pero también por tu perfil
de penínsulas y mares,
largo y ancho de perfumes,
en fiesta de verdes y manantiales.

Vuelvo a ti en una
fría aurora invernal,
con el corazón florido,
las emociones en rehilete,
los sentimientos en relumbrón
de fuegos artificiales
y la incertidumbre, añeja,
de siempre.
Los kilómetros no son nada

frente a la ternura de tus aires,
ni los adelantos de horas,
cuando la tranquilidad de tus
pueblos nos espera,
en vela perpetua,
del norte al sur
con brazos maternos.

Vuelvo a ti
en una fría aurora invernal,
con ganas de amarte más,
país de magia y augurios,
y tú me recibes dolido y doloroso.

Lloraremos pasados y presentes,
conjuraremos los futuros
y, nuevamente,
nos acogeremos a tus primaveras.

LENGUA MATERNA

El español es mi lengua materna
porque era la de mi mamá



la de



mis



abuelas

la



de mis



bisabuelas

La lengua es cuestión de madres, de mujeres arrullando con los latidos de su voz y su música del mundo.

También de padres, por supuesto,

pero esa es otra forma de tocar las nubes.

ESE DÍA

Me dicen que vaya, que ya no tarde, que corra, que corra. Doy la media vuelta y salgo sí, corriendo. Me agita la carrera hacia la casa, no me caben en la memoria tantos recuerdos y tantos presagios que se quedaron en eso, pero ahora son un hecho, ya no más espera, ya no más “gracias por otro día”. Ha llegado, precisamente, el temido día, la fecha inolvidable del dolor seco, duro, incurable, y del llanto copioso, sin control, estruendoso.

Hago pequeños tramos a paso rápido y vuelvo a correr, unas cuantas cuadras se me hacen kilómetros. Sigo corriendo otro poco y logro llegar, acercarme. En realidad, no quiero llegar. Siento que el palpitar de mi corazón ha llegado a su máxima aceleración, las piernas me tiemblan, murciélagos es lo que siento en el estómago. Sudo frío. Mi agitación es evidente, mis ojos se abren para ver y se cierran para no ver, pero he llegado y ya estoy frente a la casa y la gente entra y sale, se quedan platicando o fumando a la entrada del zaguán, por el pasillo que conduce a lo que se ha improvisado como velatorio. Están familiares, conocidos, gente que no reconozco. La calle está llena de carros y otros pasan despacio buscando un lugar, se dan la vuelta. No quiero cruzar la calle, no quiero hacerme presente, no quiero que me abracen, que me den el pésame, que me digan “lo siento”; que me digan “ya está con Dios”. ¡No, no, no! No quiero lo que debe pasar, lo que pasó, y me quedo otros instantes viendo, observando cómo llegan coronas, arreglos florales, ramos de todos colores que resaltan en el negro de las ropas de quienes los cargan...

Mi ritmo cardiaco va estabilizándose y voy sintiéndome capaz de ir, de presentarme, de recibir las condolencias, el pésame, las palabras de consuelo, sinceras e insinceras, los abrazos. Me miro y agradezco el tono oscuro con el que voy vestida. No podré ponerme de luto antes de entrar a donde está el féretro. Me decido. Respiro varias veces, hondo, profundo... Trato de exhalar con calma y atravieso rápidamente el pasillo. Nadie me detiene.

Entro, veo la caja y observo a mi madre: ¡A mi madre enlutada! ¡A mi madre llorando a mares! A mi madre gritando: “¡No, no, no!”. ¡A mi madre recibiendo el pésame por mi muerte, por mi prematura e inesperada muerte! Entonces me siento con una frialdad nunca antes conocida, no me puedo ya mover, mis ojos están cerrados, pero escucho. Escucho el coro de llantos, de rezos y letanías: *Ruega por ella. Ruega por ella. Ruega por ella.*

Yo ruego porque mi madre ya no llore, porque ya no le duela nada. Que ya descanse, que ya no sufra...

A mí —supongo— me mató su sufrimiento.

CHIFI CHIFI Y DILUVIOS

Donde yo veía chipi chipi, mi mamá veía diluvios.

Siempre que llovía, por esas anchísimas calles corrían ríos, mares y océanos a mi vista.

Había que apresurarse y sacar los barcos a navegar. Las manos de papá ayudaban a completar esa flota que iría por mundos desconocidos... Cada vez que zarpaba alguno ¡ya iba el otro atrás!

También era entretenido ver cómo la gente intentaba el gran salto para no mojarse y más divertido era cuando un coche salpicaba a los transeúntes.

Esa vez, violando la vigilancia materna, me quité el suéter, estiré los brazos para que giraran como aspas y me llevaran directo a ese mar que arrastraba piedras y basura. Vi cómo de blanco pasaban a café mis calcetas escolares y la forma en que el agua iba entrando a mis zapatos, a mis pies. El placer de observar y sentir el leve choque del agua contra mis piernas paró en seco al grito de:

—¡¿Qué haces?! ¡No te mojes! ¡Métete a la casa!

Salí a tierra firme nuevamente y corrí al ritmo del regaño:

—Trae otra muda. Cámbiate esas calcetas y los zapatos porque te vas a enfermar. ¡Ay, niña! ¿No ves que te pueden dar anginas, laringitis...? Luego no te quieres tomar la medicina y, si el doctor te manda inyecciones, ¡menos! ¡La bronquitis que te va a dar con esta empapada! ¿No ves que estar en el hospital es muy feo? Y no eres la única. ¿Quién va a cuidar a tus hermanos?! ¿Y si se te complica? Siempre has sido delicada de la garganta. ¡No sea que ahora sí te quieran operar! ¿Te imaginas? ¿Cómo le hago? ¡Todo se complica! Y aunque estés en casa, hay que cuidarte, y ya ni de vacaciones iremos, tendremos que esperar hasta diciembre... ¿Pero en qué momento se te ocurrió irte a mojar?

— (...) (Yo y mi cara de sufrimiento)

—Que Juana te prepare un té calentito mientras hago cuentas y cerramos. Vengo y te tomo la temperatura, te doy una pastilla para que no suba tanto, te doy una frotada de alcohol y a dormir.

Mamá regresó cuando ya me había tomado el té y la pastilla. Entonces me dio la frotada con mucho alcohol y siguió diciéndome que temprano avisaría a la escuela que estaba enferma, que tal vez me llevarían al hospital. Terminó mi tratamiento, diciéndole a Juana que no me prepara nada para la escuela, sino un buen atole que tomaría en la cama. Me dio el beso de las buenas noches y exclamó: ¡A ver cómo amaneces!

Amanecí bien. Fui a la escuela con los zapatos medio húmedos y en esas vacaciones, en Acapulco, mamá se comió todos los cocteles de camarón que pudo. En las playas que estuvimos, yo hice varios castillos de arena y me traje muchas conchitas para cargamento de mis próximos barquitos.

TZUYUKI FLORES

BARATAS MEDIAS NEGRAS

Me desperté sobresaltado, con un sudor frío en el rostro. Vi el reloj del buró. La una y media. Laura no llegaba. Prendí el televisor, pero decidí volver a apagarlo al darme cuenta que sólo había infomerciales. Cerré los ojos, quise volver a dormir, pero no pude. Escuché que un auto se detuvo en la acera de enfrente, me levanté, tomé un cigarro y lo encendí. Salí al balcón. Debajo de la lámpara se había estacionado un Jetta rojo. En el asiento del copiloto miré la falda verde botella de Laura, sus muslos jugosos metidos en las baratas medias negras. Seguro estarían hablando de algo de la oficina o de lo bien que la pasaron bailando porque se quedaron así unos minutos, cada quien en su lugar. Luego ella tendría que haberse pasado al asiento del conductor porque ya no vi nada. Qué incomodidad —pensé. Tendrían que poner los seguros y echarían hacia atrás el asiento para tener más espacio y, en estos momentos, él bajaría su cierre y sacaría el pene expectante y ella levantaría su falda a la altura de la cintura, abriría con sus uñas un orificio en las pantimedias, haría a un lado el bikini con su mano y se podría a horcajadas encima del imbécil que la trajo. No le gusta lavar las pantimedias, las usa una o dos veces y las tira, así que nada le costaría romper éstas.

Tiré la colilla del cigarro y prendí otro. Ahora él se dejaría jinetear, la tomaría de las nalgas y guiaría sus vaivenes de arriba abajo. Laura estaría gimiendo, enterrándole las uñas en el cuello, jalándole el cabello, diciendo así papi, qué rico, mordiéndole el lóbulo de la oreja, lamiéndole el cuello. Él pondría casi horizontal el respaldo, para obligarla a recostarse encima y seguir entrando y saliendo con lentas embestidas, pondría los senos de ella frente a su cara y le sacaría al menos uno para lamerlo con voracidad. Mientras, la fricción del clítoris con la tela de la falda y el pubis de él, harían que ella se viniera rápido como siempre que se frota, más que cuando es penetrada. Pero el acompañante no la dejaría ir así y con ansia, aceleraría el ritmo, la empujaría fuertemente hacia abajo y exhalaría un largo ah mientras el chorro de líquido aperlado explota contra las paredes vaginales. Pisé el cigarro a medio fumar y puse otro entre mis labios. Ella, por supuesto, sacaría del bolso un kleenex para limpiar los rastros de semen que brillarían sobre el pantalón de él y en las pantimedias de ella. Se acomodaría sostén, blusa y falda y se despediría con un beso largo y sudado. Apagué el tercer cigarro antes de que se acabara y quise prender otro, Laura se despediría entonces, así que no lo hice. Cerré el balcón sin hacer ruido y regresé a la cama. Alcancé a oír la portezuela del carro al

azotarse y luego su taconeo hasta el departamento. Ahora vendría con cara de cansancio y tiraría las pantimedias en el bote del baño.

DELICADA Y FLACA

Si tan sólo no hubiera decidido hacer una pequeña caminata matutina y entrar precisamente en esa calle por dónde nunca pasaba. Pero tuvo que salir temprano y luego ir a meterse a ese condenado cajero que le quedaba a unas seis cuadras de su casa. Habría querido irse desde la siete, pero aún leyó una sección del periódico y le acercó la pastilla a Tere. Antes de dejar la de casa, Bernardo buscó un saco, el menos gastado, se puso un pantalón de vestir que combinara, ajustó el reloj pulsera en su mano izquierda porque la derecha le ayudaba más en la labor. Metió la cartera en una bolsa lateral; posó su mano sobre la tela del saco y comprobó la consistencia y forma de la billetera. Afuera el día estaba radiante por lo que, en vez de tomar el camino habitual, se dirigió a la colonia vecina.

Después de andadas cinco cuadras, se sintió cansado y pensó en buscar cerca de ahí un cajero para no tener que pasar de nuevo por su casa y todavía ir al centro. Se encontró que en la calle donde venden pan de nata había un cajero solitario, era del banco que le pagaba la pensión y comprobó que dentro no había nadie. Dos o tres veces dio vuelta a la tarjeta hasta que logró hacerla entrar en la ranura. Tecleó. Sus dedos temblorosos hacían difícil la tarea. La máquina solicitó que lo hiciera nuevamente. Volvió a teclear, los botones le parecieron muy pequeños. A la tercera oportunidad su tarjeta será retenida, recordó haber leído alguna vez. Pero a su tercera oportunidad apareció un letrero que preguntaba qué transacción deseaba realizar. Retiro de efectivo. Dos mil míseros pesos por toda una vida dedicada al sindicato. Si tan sólo continuara cobrando en ventanilla o si por lo menos hubiera salido en la tarde como siempre lo hacía en días de pago y no a las nueve como hoy, otra cosa sería.

El cajero hizo el ruidito habitual y por la rendija apareció el dinero que Bernardo tomó tan rápido como se lo permitieron sus dedos nudosos y después, quitó la tarjeta. Ya una ocasión la había olvidado y Pablo, su hijo, no se había cansado de hacerlo sentir un bueno para nada y eso sin contar el laborioso trámite para sacar otro plástico, como le llaman en el banco. Vino a su mente la imagen de la Tere inmóvil en la cama. Si tan sólo hubiera terminado de acomodar el dinero y la tarjeta dentro de la billetera con tranquilidad antes de salir del cajero, pero una mujer secretarial, vestida con un saco rojo, falda negra y zapatillas de pulsera, se meneaba impaciente afuera, como diciéndole muévase.

Metió la cartera en el bolsillo y empezó a caminar. Sus pies hacían un ruido rasposo al avanzar sobre la acera. Seis cuadras y un parque esquinero lo separaban de su casa. Justo en la calle donde dan vuelta los microbuses y hay muchos puestos de cemitas, un hombre se le emparejó. Disculpe, dijo amablemente, ¿me puede dar su hora? Para ese momento quizá serían las diez y algo. Muchas gracias. Oiga, mire nomás, ya se ensució el tacuche. Debe haber sido una paloma. Si me permite. Y el hombre sacudió con su mano el hombro y la solapa del saco. Bernardo apenas si alcanzó a distinguir la mancha que bien había podido ser de harina. Sí, sí, gracias. Y el tipo se alejó. Una cuadra más adelante se dio cuenta. Si al menos hubiera comprobado la presencia de la cartera inmediatamente después de darle la hora al hombre quizá habría podido pedir auxilio. Ahora era demasiado tarde. Desanduvo unos pasos con la mirada baja. Probablemente la cartera se le había caído. Pero no. Pensó que con unos años menos podía haber recorrido aquellos rumbos para buscar al hombre y partirle la cara por abusivo, pero ahora, ni siquiera recordaba su rostro. Sintió una opresión en el estómago, recordó a la Tere, delicada, flaca y con la tez gris. Necesitaba las pastillas para el corazón y tan sólo una caja costaba novecientos pesos. Y además estaba Pablo. No se cansaría de repetirle que qué carajos tenía que hacer por esos rumbos, ni de recordarle que él no tenía dinero, que ni pensara pedirle un centavo. Para qué volver a casa. Tere quizá estaría sentada en el patio y su apariencia frágil mientras toma el sol lo iba a hacer sentirse un viejo que ya no era capaz ni siquiera de llevar el sustento o utilizar un cajero y mucho menos, de comprar medicinas. Y estaba Pablo, tan parecido a lo que físicamente era él hace veinticinco o treinta años, pero con la neurosis de estas épocas. Llegar sería admitir que era un descuidado, que a veces le temblaban las manos al grado de regar un tercio de agua de un vaso y que apenas si podía oprimir unas cuantas teclas. Pero para qué quedarme aquí. Sería un cobarde si no me aparezco. Aunque más ayuda el que no estorba, pensó.

Caminó en círculos y entreverando calles con tal de hacer su trayecto más largo. Era necesario llegar a ver cómo estaba su esposa, pero no quería toparse con Pablo. Miró el reloj que la Tere le había regalado en sus bodas de plata, vio que era más de medio día y pensativo, decidió ir a sentarse al parquecito. Si no se le hubiera ocurrido hacer esa caminata y meterse en esa calle por donde nunca pasaba. Pero tuvo que salir de mañana y ahora debía pensar cómo hacer para comprar la medicina. Siendo optimistas, tal vez pudiera empeñar algo, vender alguna cosa. Si al menos su hijo no hubiera perdido sus últimas mancuernillas.

Miró el reloj pulsera. Ya eran las tres veinte. El estómago le empezaba a protestar con gruñidos de perro hambriento. Tengo que ir a casa, no hay de otra, suspiró. Aunque un escalofrío le recorrió la espina al traer a su mente los gritos de Pablo, se dispuso a levantarse cuando un hombre se sentó en la misma banca. Mire nomás, ya se ensució el tacuche. Si me permite. Y sólo cuando el hombre se fue, Bernardo, tembloroso, se percató del vacío en su muñeca y recordó a la Tere inmóvil en la cama, delicada, flaca y sin pastillas.

CALLE

Acabaron de hacerme la manicure como a las cuatro. Había sido un día fastidioso en la oficina y lo único que ansiaba era llegar a casa y acostarme. Fui hacia la calle donde había dejado el coche. Di vuelta en la esquina y observé que mucha gente caminaba en los alrededores. Seguramente había algún festival en el parque. Sentí escalofrío al pensar que sería una odisea salir de ahí: embotellamiento, calor y grupos de cinco o seis personas queriendo atravesar sin fijarse, atiborrando las calles. Entré al auto, metí la llave en el switch, respiré profundo, me miré en el retrovisor y cuando estaba a punto de ponerme un poco de labial, unos toquidos sobre el cristal de la ventana me sobresaltaron. Una mujer, de cabello corto y facciones toscas trataba de decirme algo. Bajé la ventanilla.

—Señora, disculpe, es que ahí está el cuaderno de mi hijo.

—¿Qué?,—le dije, pensando que tal vez la mujer vendía algo o estaba pidiendo dinero.

—Que ahí está el cuaderno de mi hijo —y señaló con el dedo índice hacia la portezuela trasera.

Apagué el auto y me bajé. Seguía sin entender a la mujer. Iba acompañada por un niño como de siete años, de tez más clara que la de ella y con los cabellos parados.

—Es que el niño estaba haciendo la tarea y dice que dejó el cuaderno ahí.

Me agaché para mirar debajo del coche. No había nada. Abrí la portezuela de atrás, pensando que tal vez el niño había logrado meter, de alguna manera, el cuaderno por una ranura.

—Pues no, no hay nada —le dije, queriendo subir al carro y alejarme cuanto antes de ahí, qué tal si la mujer era un anzuelo para quitarme el auto, sentí escalofrío.

—Ya ves, no está —dijo su madre jaloneándolo del brazo. El niño lloró con más fuerza.

—Ahí lo puse —balbuceó.

Volví a agacharme, quise ver si el cuaderno estaba detrás o metido debajo de alguna llanta.

—No, no hay nada. ¿Seguro que lo traías?

—Sí, seguro —respondió la mujer—. Estaba haciendo sus planas mientras veíamos a los que están cantando en el parque... si no lo vigilo, no hace la tarea, además el cuaderno era nuevo. Búsquelo bien, seño, es que, si no, lo van a regañar en la escuela, la maestra me dijo que...

Abrí otra vez la portezuela trasera; es más, abrí todas. La señora buscó con la mirada en el interior. Ninguna de las dos encontramos nada parecido a un cuaderno.

—Tal vez lo dejó en su casa —dije suspirando, mientras volvía a cerrar el auto.

—No, sí lo traía —enfaticó la madre—. A ver, ¿dónde lo pusiste?

— Ahí... ahí —respondió el niño señalando un lugar inexacto cerca de la llanta trasera izquierda.

Me subí al coche y lo hice para adelante.

—A ver, búscalos tú —le dije.

El niño se hincó cerca de la puerta de atrás, tocó el piso junto a la llanta, se levantó, rodeó el carro, palpó debajo de la carrocería y, finalmente, se agachó para mirar la parte trasera. Se fue metiendo entre el pavimento y el coche. Busqué en mi bolso un cigarro, me estaba desesperando, además, quién sabe si esa señora, tal vez, quería asaltarme.

—¿Juan, ya lo encontraste? Sal, que la señora tiene prisa.

Pero no salía. Tiré el cigarro y me asomé debajo del auto.

—¿Ya? —dije secamente.

No estaba. La mamá empezó a buscar a su hijo no sólo en el pavimento, alrededor del auto, en una zapatería de enfrente, luego en el parque donde sólo quedaba un poco de gente desperdigada; miró en los prados, cerca de las fuentes. Yo me asomé en las tiendas cercanas. Quizá con suerte, alguno de los asistentes al festival se lo había llevado, pensé, aunque luego me dio algo de remordimiento.

Mientras la señora buscaba angustiada a su hijo en los almacenes y lo llamaba, localicé dentro del bolso el labial, pero al sacarlo se me resbaló de las manos, rebotó en mi pie y quedó debajo del auto. Al agacharme, no lo vi. Ya no quise buscarlo. Subí al coche y me largué.

DÉJAME

Diluirme en la fuerza de tu aliento
en la bruma que te envuelve,
en el roce de tus labios
en el poderoso tacto de sus manos.
Pulveriza mi cuerpo de roca,
espárceme sobre la arena,
en tus brazos tostados,
en el lecho salino de tu cuerpo.
Déjame serte.

¡MANANTIAL!

Desaforadas

vamos clamando por agua.

Como si fuéramos ánforas

o vasijas que llenar.

¡Agua, agua, agua!

Como un suelo baldío

que necesita quien lo riegue.

¡Agua, agua, agua!

Obstinación y apatía

secan el alma.

¡Agua, agua, agua!

Amiga mía,

escucha el rumor del cauce,

somos manantial.

DE PIE

No soy un pie roto
soy el lugar donde mi madre
sembró mi cordón umbilical.

No soy lo que esperas de mí:
tronco sin raíz,
soy árbol de sueños.

No soy un sendero hecho añicos
soy camino fértil,
estruendoso.

Puedo estallar tres veces
contra los ventanales
y reemprender mi vuelo,
soy casa y ave.

No soy un campo sin sembrar
en mí están los cantos,
en mí todos los frutos.

SEMBLANZAS DE AUTORAS

Angélica Minor

Originaria de Panotla Tlaxcala. Profesora de Educación Preescolar. Como docente y directivo recibió la oportunidad de fomentar la lectura y promover la cultura en general. Es Licenciada en Ciencias de la Comunicación con Maestría en Literatura por la Universidad Iberoamericana. Autora del poemario de *Gente Adobe*, donde ahonda en el entorno contextual de la oralidad como una forma de escritura creativa, trabajo con el cual obtiene el grado de Maestra. Su libro *Plumbago* es ganador del “Certamen Editorial 2021”, concurso donde el jurado estuvo compuesto por Francisco Hinojosa, Luis Felipe Fabre y Ernesto Lumbreras. Ha participado en encuentros y lecturas en varios recintos culturales, incluyendo el Palacio de Bellas Artes en la Ciudad de México. Sus poemas han sido publicados en diversas revistas y periódicos nacionales. Ha sido parte de Talleres literarios con escritores como Juan Bañuelos, Eduardo Milán, Eduardo Langagne y Ricardo Yáñez.

Citlalli H. Xochitiotzin

Mexicana, nació en 1957. Escritora perteneciente a la generación de los 50s. Estudió Sociología en la Universidad Autónoma de México y Filosofía en la Universidad Autónoma de Tlaxcala. Poeta, ensayista, escritora y filósofa. Ha participado en congresos de literatura y cultura a nivel nacional y a nivel internacional en los Ángeles E. U, Moscú en Rusia (Academia de Ciencias y Artes 1999) y en residencia de escritores. Incluida en antologías de México y del extranjero, España, Perú: *UNAM. Diccionario de Literatura*, Josefina Vicens. *Las divinas mutantes*, 1996. UNAM, entre otros. Su trabajo ha sido traducido al inglés y ruso. Ha escrito libros de poesía, historia, arquitectura y ensayo. Entre ellos se destacan: *Geometría de la incertidumbre*. CONACULTA-Universidad de Monterrey. *Días del Polvo*. UNAM. *Memorial de la Sangre*. UNAM, *Fulgor de Alimentos*. Ed. Errante Editor, entre otros. Fundadora del Instituto Tlaxcalteca de Cultura (1982-1999) hoy, Secretaría de Cultura. También ha sido fundadora de Radio Altiplano y de asociaciones civiles sobre derechos humanos. Actualmente, es presidente de la Fundación Desiderio Hernández Xochitiotzin (2005).

Ignacia Muñoz

(Santa Ana Nopalucan, Tlaxcala. 15 de julio de 1970). Licenciada en historia por la Universidad Autónoma de Tlaxcala. Colaboró en las revistas *Voz Universitaria* y *La Canija Lagartija* de la Secretaría de Extensión Universitaria y Difusión Cultural de la U.A.Tx. En las revistas culturales independientes: *Gusano de maguey* y *Asomante una mirada a...* y la revista *Páginas* de la Facultad de Filosofía y Letras de la U.A.Tx, edición especial de talleristas del poeta Juan Bañuelos. Ha publicado en los suplementos culturales: *El portal* y *Media luna* del periódico *Síntesis*. En el periódico independiente *El coyote amoroso*. Publicó en solitario el libro de poemas *Texcal* (2007). Sus poemas han sido publicados en la columna *Isocronías* del periódico *La Jornada*. En la revista literaria *Papeles de la Macuspia*. En la revista digital *Piedra de Toque*. Ha participado en encuentros de poesía regionales y nacionales. Es integrante del *Taller de sensibilización a la creación literaria*, impartido por el poeta Ricardo Yáñez.

Isolda Dosamantes

(Tlaxcala, México 1969). Escritora y académica. Doctora en Ciencias y Humanidades para el Desarrollo Interdisciplinario (UNAM-UAC), maestra en Apreciación y Creación Literaria (Casa Lamm), especialista en Literatura Mexicana del Siglo XX (UAM-Azcapotzalco) y licenciada en Ciencias Políticas y Administración Pública (UATx). Tiene el diplomado en Creación Literaria de SOGEM. Destacan sus libros de poesía: *Ondulaciones*, 2023; *Revelaciones*, 2019; *Apuntes de Viaje*, 2012 y *Paisaje sobre la seda*, 2008. Algunos de sus poemas se han traducido al inglés (Toshiya Kamey), al chino (Wan Dai), al portugués (Leo Gonçalvez) y al griego (Stelios Karayanis). Su obra ha sido seleccionada para más de 40 antologías. Ha publicado en revistas y periódicos nacionales e internacionales y ha sido docente en México, China y Canadá. Desde 2022 es profesora-investigadora en la Preparatoria Agrícola de la Universidad Autónoma Chapingo (dosamisol@yahoo.com).

Marisol Nava

Docente, investigadora y poeta. Doctora en Humanidades, línea Teoría Literaria por la Universidad Autónoma Metropolitana (México). Catedrática de la Licenciatura en Lengua y Literatura Hispanoamericana de la Universidad Autónoma de Tlaxcala desde 1999. Coordinadora de la Licenciatura en Literatura Hispanoamericana (2007-2009 y 2016-2021). Sus líneas de investigación abordan la narrativa fantástica mexicana y la transtextualidad, específicamente en el cuento contemporáneo. En investigación, ha publicado los libros *Lenguas y Campanas* (2001) y *En el umbral. Y Registros fantásticos en tres cuentos de Inés Arredondo* (2015). En poesía ha publicado la plaquette *Murmullo del viento* (1997) y los poemarios *Evocación oracular* (2007), *Parpadeo de muerte* (2011) y *Fisura del paraíso* (2017). Becaria del FOECAT en tres ocasiones. En el 2014 recibió la Medalla al Mérito Universitario por los estudios de doctorado que otorga la UAM. Pertenece al Sistema Nacional de Investigadores. Actualmente, funge como directora de la revista “Pirandante”, Revista de Lengua y Literatura Hispanoamericana (UATx).

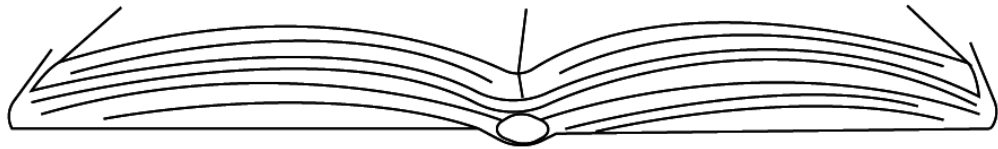
Olimpia Guevara

Maestra en Letras por la UNAM (Mención honorífica). Profesora-investigadora de la UATx desde 1987. Líneas de investigación: Literatura de Tlaxcala, teatro mexicano. Ha publicado: *Manuel García Méndez: Obra reunida* (2019); *Dramaturgos tlaxcaltecas* (2003), *Armario de Ilusiones* (coautora). *Antología literaria de Tlaxcala* (1993). Ha obtenido los siguientes reconocimientos: Al Mérito Ciudadano. Medalla “Emilio Sánchez Piedras”, 2019; Presea “José Arámburu Garreta”. Congreso del Estado de Tlaxcala, LXII Legislatura, 2017 y Reconocimiento Especial Museo Miguel N. Lira/Instituto Tlaxcalteca de la Cultura, por interés, tenacidad y entusiasmo a la investigación, recopilación y difusión de la vida y obra de Miguel N. Lira. 2017.

Tzuyuki Flores

Comunicóloga por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, maestra en Ciencias de la Educación. Docente, promotora cultural y escritora. Participó en diversos talleres literarios con Guillermo Samperio, Orlando Ortiz, Geney Beltrán y Eduardo Langagne escritores de renombre a nivel nacional. En 2010 egresó del diplomado en creación literaria por la SOGEM con sede en Puebla. Fue becaria del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Tlaxcala a través del Programa de Estímulos para la Creación y Desarrollo Artístico en 2004 y 2009. Sus libros de cuento *Mientras te perdías en la distancia*, *El llanto de la mujer sin ojos* fueron publicados en 2003 y 2010, respectivamente. Obtuvo el Premio Estatal de Cuento “Beatriz Espejo” de Tlaxcala en 2011 con *Penumbra*, publicado en 2013. Se han incluido algunos poemas suyos en diversas antologías independientes en Tlaxcala y la región. En 2016 participó en una mesa de narrativa en la Feria Internacional del Libro del Palacio de Minería. En 2018 organizó la exposición “Escritores haciendo foto” en donde reunió la obra literaria y fotográfica de varios autores de Tlaxcala y promovió espacios culturales alternos. En 2020 su libro *Retablos* resultó ganador en la convocatoria para Producción Editorial del Instituto Tlaxcalteca de la Cultura. Realiza fomento a la lectura en diversas escuelas de educación básica de la entidad e imparte talleres de cuento.

FILCO



FERIA INTERNACIONAL DEL LIBRO EN COYOACÁN



MINERVA AGUILAR TEMOLTZIN

(TLAXCALA, 1975)

POETA Y MAESTRA DE LENGUA Y LITERATURA HISPANOAMERICANA EN LA UNIVERSIDAD DE LAS AMÉRICAS DE PUEBLA Y ACTUALMENTE, PROFESORA EN LA PREPARATORIA AGRÍCOLA DE CHAPINGO. OBTUVO EL PREMIO ESTATAL DE POESÍA DOLORES CASTRO, 2000; EL PREMIO BEST OF SHOW IN POETRY Y EL BEST OF PROFESSIONAL POETRY POR LA UNIVERSIDAD DE TEXAS, TECH EN ESTADOS UNIDOS. FUE BECARIA POR EL FOECAT (1994, 2001 Y 2010) EN EL ESTADO DE TLAXCALA.

FILCO



COLECCIÓN ESCRITORES CONTEMPORÁNEOS DE MÉXICO
PROGRAMA DE LECTURA Y PROMOCIÓN PARA AUTORES MEXICANOS